

PRECIO DE SUSCRICION.

Por un mes.....	9 rs.
Por tres id.....	24
Provincias, por un mes.....	40
Por tres id.....	27
Un número suelto cuatro cuartos.	

EL SEGURO

DIARIO

DE INTERESES MATERIALES, CIENTÍFICO, LITERARIO, ARTÍSTICO Y DE NOTICIAS.

PRECIO DE INSERCIÓN.

Los anuncios, desde 36 céntimos línea hasta 42 según el número de veces.
A los suscritores se les rebajará según el valor.
Toda inserción en 1.ª 2.ª y 3.ª página á 74 céntimos línea.

ÚNICO PUNTO DE SUSCRICION: En la Redaccion y Administracion de este periódico, sita en la calle del Príncipe Alfonso, núm. 52; donde tambien se harán toda clase de reclamaciones.

MURCIA 3 DE ENERO.

INTERESES MATERIALES.

NUEVO ARRENDAMIENTO
del Teatro.

II.

Después de inmensos sacrificios y de dispendios grandes ha logrado Murcia ver realizada su esperanza de muchos años y satisfechos los deseos de todos sus hijos. El magnífico Teatro que proyectó, no es ya una utopía y grandioso y altivo se levanta el suntuoso edificio que lo encierra. Nadie se ocupa del capital que se ha empleado, ni del trabajo, los disgustos y sinsabores que costó; todo se olvidó, como era natural, al ver es un hecho el pensamiento de su existencia, y al contemplarle concluido realizando algo más de lo que todos pudieron prometerse. En efecto, un suceso inesperado precipita su conclusion, la misma Reina de España es la que preside la función primera, y también el rey de la española escena, D. Julian Romea, es el primero que dejó oír su voz en el precioso recinto en medio de los vivas ardientes y de la alegría indescriptible del pue-

blo más apasionado y entusiasta.

¿Y el qué recuerda tan feliz suceso, el que vuelva la vista atrás podrá comprender, ni recelar tan siquiera, fuese la mira de especulación y lucro la que hubiera presidido en obra tan costosa? No, de ningún modo. Nadie por poco calculista que se le considere, pudo nunca creer era posible produjera su interés correspondiente el capital de más de cien mil duros, empleados en la construcción de todo el edificio. Nadie tampoco ignoraba que la población no tenía recurso sobrante para subvenir á tantos gastos y á pesar de esto es indudable que á nadie se le ocurrió la idea de que pudiera abandonarse el proyecto ya empezado. La voz de «lo queremos.» «es necesario.» «adelante.» se oye por doquier; y cuando falta dinero al municipio lo prèstan los particulares, y si falta otra vez se hace sin oposición alguna un emprèstito y otro emprèstito hasta reunir por completo las sumas necesarias para terminar las obras, y este empeño y tales sacrificios ¿no dicen nada? Si, elocuentemente indican que una idea grande y digna era la que se trataba de realizar, que se comprendía bien que hay para los pueblos cosas preferentes al dinero; necesidades morales im-

portantísimas que conviene satisfacer á toda costa, si se pretende colocarlos á grande altura, y si se quiere hacer algo por la felicidad verdadera, dando goce al espíritu con preferencia á los fugaces de la materia. Y esta idea, esta necesidad ¿Cual era? Todos la saben, todos la conocen, sin embargo, para llegar al fin que nos proponemos es preciso apuntarla.

Se carecía en Murcia de todo recreo lícito y útil para entretener las horas de ocio y apartar al hombre del vicio al que se entrega con frecuencia, al no saber que hacerse. La población cada vez más populosa reclamaba con urgencia no se olvidase faltaba toda diversion y que la clase pobre el día de fiesta lo pasaba en la taberna consumiendo en vino sus pequeños sobrantes, mientras que las clases acomodadas podían decir señalando los disgustos de algún matrimonio desunido, y las lágrimas de alguna familia arruinada, en lo que entretenían sus individuos sus ratos libres. Era preciso que seriamente se pensara en cortar de raíz males de tan alta trascendencia y ningún medio más á propósito para conseguirlo que el felicísimo pensamiento de la construcción de un teatro. La población ganaba al contar un edi-

ficio digno de su grandeza é importancia creciente y las costumbres públicas encontrarían en él un medio fácil para ser rectificadas y mejoradas indirectamente sin violencia. No nos proponemos demostrar lo mucho que la civilización y moralidad de los pueblos influyen los espectáculos públicos y tampoco cuanto á todos aventajan las representaciones teatrales: si fuera necesario, la prueba sería tan pronta como fácil, mas es ajeno á nuestro propósito y nos basta con sentar el hecho que motivó la obra del Teatro y afirmar que todos los que en ella han intervenido merecen la gratitud de sus conciudadanos.

Conocido el objeto del Teatro en Murcia, y siendo imposible que edificio tan costoso se abandone sin que se procure concluirle, conservarle y mejorarle, ya podemos fácilmente deducir las condiciones que deben imponerse al nuevo arrendamiento. Deben ser tales que tiendan á la realización de estos dos fines necesarios; es decir, que procuren 1.º se consiga el fin moral por el que el teatro se construyó y 2.º se termine, conserve y mejore el edificio. Ahora solo nos resta indicar en general cuales puedan ser estas condiciones.

—17—

elevando en la puerta sus miradas que brillaban como carbones encendidos.

Un criado anunció:

—El Sr. Vizconde de....

Y se presentó Julio, Rayaba en los treinta y cinco años, y no se podía decir que fuera un buen mozo en toda la estension de la palabra. Nada había de notable en sus facciones bastante regulares, y su elevada estatura le obligaba á andar un tanto encorvado. No era pues ni muy gallardo ni muy jóven; pero tampoco tenía ninguna particularidad que impidiese hacer brillar en talento sus gracias: Efectivamente, se podía verle sin amarle, pero no se le podía tratar con intimidad sin adorale. Los rayos característicos de su fisonomía eran la boca, agitada sin cesar por la ironía, y sus ojos pequeños, serenos y penetrantes. Había en sus miradas una fuerza casi mágica, una mezcla de grandeza y de malicia que dominaba involuntariamente, y que no era fácil arrostrar fijamente.

Lo primero que hizo Julio fué saludar á las Sras. y estrechó en seguida la mano de Pablo y de Carlos con

—16—

—Hasta ahora, no veo, dijo Pablo, esas quejas que anunciabais contra Julio.

—Cómo! exclamó Carlos, pues no podía haber elegido á esta Señora?

—Y entonces Pablo me hubiera agradado á mí, dijo Angelina soltando la carejada que contagió al Capitan.

—Seguramente, dijo, no hubiera habido mas que una sustitucion de personas, en que no alcanzo hubierais ganado nada.

—Es igual, murmuró Carlos, aun no he perdido la esperanza.

—Vah!

—El contrato no se ha firmado.

—Para eso vamos mañana á Madrid.

—Si Julio llega esta noche.

—Lo dudais?

—Me dá derecho para hacerlo.

Iba á responder Pablo, cuando se oyó el galope de un caballo á la puerta de la quinta.

—El ésl exclamaron á un tiempo el capitan, Carlos y Angelina.

Carolina habia guardado silencio; pero la labor se le escapara de las manos

—13—

—Cuidado con Carlos, dijo Pablo, como exagera su amistad!

—Está demasiado bien sentada la representación de Julio para que pueda afectarle la murmuración, replicó Carlos; y añadió acabándose de acalorar: ¿hay quien se atreva á asegurar que no es el rey de los elegantes de Madrid?

El capitan se sonrió

—No: seguramente, lo que si sostengo es que, á pesar de su corona de rey, Julio puede muy bien no haber asistido á las carreras del Hidrópomo. En esto es en lo que me parecia que exageraba vuestra amistad.

—Eso es verdad, repuso Carlos levantándose, amo á Julio con exceso, siendo así que debiera detestarle.

—Detestarle! repitió Pablo con asombro.

—Es una historia muy singular, añadió Carlos como si hablara consigo mismo.

—Deberiais referirnosla mientras llega Julio.

Angelina unió sus instancias á las del Capitan.

—Con mucho gusto, señores, dijo Carlos que era un tanto aficionado á cuentos. Hará cosa de tres años estaba yo en